

6 DE OCTUBRE.

NÚMERO 1.

AÑO DE 1849.

EL ARPA DEL CREYENTE.

PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

INFLUENCIA

EN LA CIVILIZACION.

ARTICULO PRIMERO.

DESCONFIANDO de nuestras débiles fuerzas, aunque íntimamente convencidos de la importancia y trascendencia del pensamiento de esta publicación, vamos á emitir nuestra voz, tosca y sencilla, pero firme como el acento de la verdad, á riesgo de ser confundida entre los destemplados clamores de alguna parte de la prensa, que amengua el crédito de la mas grande invencion del hombre. Porque nuestra mision no es atronar como el Génio de las tempestades para conmover el mundo con religioso estremecimiento; es mas bien la de procurar insinuarlos en el fondo de los corazones con la dulzura y suavidad de las primeras palabras del Angel Custodio.

La Religion cristiana no se extendió con la fuerza de las armas, con violencias y amenazas: la sangre del Crucificado, como una gota

de purísimo bálsamo fué insensible y blandamente ensanchando sus límites desde el Gólgota hasta cubrir el ámbito del mundo.

Desde entonces quedó este dividido en dos secciones: una obcecada en sostener el absoluto y omnimodo influjo que los sentidos ejercen en el hombre; y otra que cree en la existencia de una cosa superior, ante la cual son esclavos los sentidos. De aquel lado está la duda, el materialismo y la incredulidad, y de este las creencias, la Religion verdadera; del uno el egoismo, la esterilidad, el embrutecimiento, y del otro la abnegacion, la poesía, la felicidad, y el germen de los grandes hechos y de las heroicas virtudes. Nosotros tenemos fe en el entendimiento, y esperanza, entusiasmo y amor en el corazón; y allá nos hemos acogido donde la sombra de la Cruz esparce la ventura, el sosiego y libertad á los pueblos. No es el temor, no es la debilidad de la decrepitud, próxima á descender al sepulcro, la que así nos hace hablar; aun arde en nuestro pecho el fuego de la juventud, y solo el dedo de la Divina Providencia, solo el instinto de felicidad, solo el convencimiento, nos han marcado el rumbo por donde siempre que la humanidad se encamina, vá derecha á la civilizacion.

Jesucristo encontró el mundo huérfano de virtudes y creencias, y revolcado en el torpe regazo de la sensualidad. Las musas paganas enmudecieron con el último sonido de la lira de Horacio y de Virgilio: las virtudes republicanas se habian suicidado con Catón de Utica, y la severidad de costumbres, el acendrado amor á la patria se extinguieron con el aliento de los Horacios, Scévolas y Cincinnatos; el oráculo de Apolo Delfico, que diera sus respuestas primero en malos versos, y luego en prosa, cerró para siempre sus lábios: á la varonil elo-

cuencia de Ciceron sucedieron las huecas y pomposas sentencias de los Sénecas declamadores, que en los libros blasonaban de una moral estremadamente rígida, mientras nadaban en la opulencia y los deleites. La literatura era una Mesalina, que no se hartaba de impurezas y de prostitución. Torpe á la vez y adulatora, y sacrilega y atea. Octaviano Augusto, en sus últimos días tuvo que imponer pena capital á los autores de libelos, sin que fuesen tan rigurosa pudiese cegar el marañón pestilente que luego brotó de las plumas de Apuleyo y de Petronio. La tiranía caprichosa, el bárbaro lujo, y la extravagante corrupción de los Tiberios, Calígulas y Neronés, eran la afrenta del mundo envilecido. Roma entera se arrastraba en un inmundicio lodazal, y el carro de su triunfo, que cruzó pomposo todo el orbe, llevó en sus ruedas el cieno de las costumbres estragadas, que salpicó en la frente á las naciones. En torno de los ídolos se exhalaban oscuras nieblas; el humo de los cruentos sacrificios tenía ennegrecido el rostro de la humanidad. Entonces un rayo luminoso aparece en el Oriente: á su divina luz se miran los hombres, se sonrojan de su degradación, como Adán y Eva se sonrojaron por vez primera al reparar su desnudez; alzan los ojos á sus altares, y ven en ellos unos dioses, obra de sus manos, y mil veces mas torpes aun que sus mismos hacedores: este fué el primer triunfo del Cristianismo.

Como un viento apacible sonó el eco del sermón de Jesus en la montaña, y aquella doctrina tan sublime, tan desconocida, tan sencilla y tan pura, trastornó la faz del universo. Los ídolos cayeron derribados; y el que permaneció en pie, mantenido con desesperado empeño por las férreas manos de los Sacerdotes, fué inundado á la vez con sus fanáticos sostenedores en el mar de sauge que derramaron los mártires del Cristianismo.

La literatura alza del polvo su moribunda frente, y se arroja en brazos de aquellos que miraban la ilustración y el saber como dogmas, y las ciencias huyen del templo de Minerva, del Pórtico y de la Academia para refugiarse bajo las catacumbas de los fieles.

Los emperadores romanos hubieran querido en el frenesí de su dominación extinguir otro eco que no fuese el de la lisonja. Crenucio Cordo, por haber hecho un elogio de la libertad, se deja morir espontáneamente de hambre, para sustraerse á la venganza de Tiberio; pero sus preciosos libros son públicamente quemados: mas tarde el emperador Juliano prohíbe á los cristianos enseñar y estudiar las letras; empero ni las persecuciones, ni las calumnias é imposturas de los Cerintos, Ebionés, Marciones, Valentines y de otros mil impugnadores de la nueva Religión, pudieron acallar la elocuencia de Justino, Tertuliano, Atanagoras, de Clemente Alejandrino, de San Jerónimo y de San Agustín. Cada obispo era un filósofo: cada sacerdote un sabio. El linaje de Dios se multiplicaba como las estrellas del Cielo y la arenas del mar; y regada la

tierra con la sangre de los cristianos, cristianos tan solo producía. Siéntase por fin la Religión del Crucificado en el trono de los señores del mundo. Constantino la acoge bajo su manto de púrpura; y cuando iban los pueblos á recojer el fruto de tantos padecimientos; cuando los concilios echaban las raíces de la nueva civilización, y daban á los hombres igualdad y libertad en Jesucristo, cien torrentes se desprenden de las nevadas montañas del norte: un siglo hacia que sus olas estaban minando los cimientos del coloso del imperio romano; y cuando ya los tenían carcomidos, se precipita con ímpetu de repente, y logran por fin derribarlo al primer embate.

Un solo momento bastó para destruir lo que tantos siglos de conquistas habia costado. Los caballos de los Vándalos y godos, sin jaeces y sin arreos, hollaron la pompa y magestad de los Césares: templos y palacios, termas y anfiteatros, todo cayó desmoronado: ruinas solo atestiguan la existencia de los antiguos dominadores..... hasta su lengua, sus leyes y costumbres, todo pereció: los godos se hicieron señores de casi todo el mundo, y la Religión Cristiana se hizo señora de los godos.

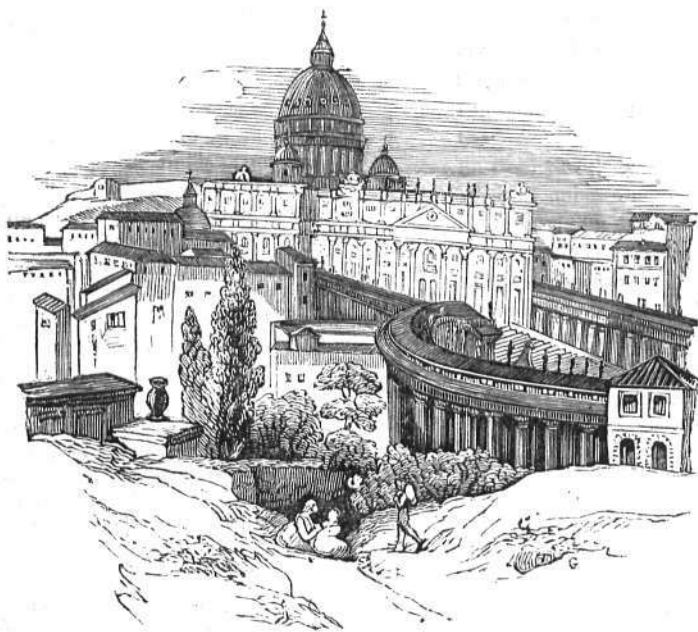
Los iconoclastas habian dado un golpe mortal á la pintura y estatuaría; los vándalos á la arquitectura; los sectarios de Mahoma, que proscribía toda ciencia, como no fuese la del estermio, calentaban los baños con las bibliotecas de la Grecia: á consecuencia de tantas devastaciones, de las interminables disputas religiosas que suscitaban los enemigos de Jesucristo, y mucho mas de la degradación á que habian llegado los hombres en medio de tantos horrores y de tan espantosos acontecimientos, vino una época en que se creyó del todo estinguida la lumbre de la inspiración, y apagada para siempre la antorcha de la sabiduría. El mundo quedó en tinieblas, y solo en medio de la oscuridad se divisaban las chispas que despedían los alfanges y cimitarras al chocar con las espadas de Europa. Pero aquella lumbre y aquella antorcha se guardaban ocultas detras de las paredes de los monasterios y de los templos cristianos, y como el fuego de Sion, escondido por Jeremías, debían aparecer despues de la cautividad de Babilonia. Filósofos de la antigüedad, poetas, historiadores, martirologos, libros de los Santos Padres, todo iba á perecer, hasta el alfabeto griego y latino, si los obispos y monges cristianos no lo hubieran conservado.

Eran poetas, químicos, naturalistas é historiadores como Isidoro, arzobispo de Sevilla, al mismo tiempo que misioneros y pastores de la Iglesia, siguiendo el espíritu del evangelio que es de caridad y de ilustración. Si entonces se les dió parte en los negocios públicos, efecto fué de la necesidad. ¿Qué mejores consejeros podian buscar los Reyes que los únicos poseedores del tesoro de la sabiduría? Si abusaron ó no de su influjo, lo dicen los concilios y códigos de aquellos tiempos. Véase si todos los Licurgos y Solones dieron jamás tanta dignidad al hombre, tanto decoro á la mujer, y tanta protección á los desvalidos.

En esta laguna de la civilización, en esta sombra de la historia, la semilla de las ciencias y de las artes estaba oculta en las entrañas de la Iglesia: en el artículo inmediato la veremos ger-

minar y nacer, y formarse un árbol como el cedro del Líbano, cuya gallarda y gigantesca copa sirve de abrigo y sombra á innumerable gente.

F. NAVARRO VILLOSLADA.



ROMA.

La Virgen del Pilar de Zaragoza.

...El templo hermoso
Dó acatais á María,
Depósito de fé sublime y pura,
Lo será de ilusion y poesia.

Tales fueron, entre otros, los versos que un día nos dictó nuestra fé religiosa, uniéndose á la fé literaria con que desde las orillas del Manzanares saludamos en 1840 la instalacion del nuevo techo que la juventud aragonesa levantaba á las letras y á las artes en las floridas márgenes del Ebro. Al hacer resonar con ellos las cuerdas de nuestra pobre lira, una emocion incapaz de describirse se apoderó de nuestro corazon, y las lágrimas se agolparon á nuestros ojos... lágrimas ¡ay! que eran un tributo ternísimo á la mas bella de las idealidades cristianas, á la mas pura de todas las ilusiones, y al mas dulce y consolador de todos los recuerdos. Habíamos nombrado á María, y no pudimos menos de llamar á nuestra memoria los dias de nuestra niñez, dias en que nuestro culto á la virgen era tan inocente y tan puro como los ángeles que habitan el inmortal tabernáculo

que Zaragoza le tiene erijido. El lloro en que nuestras entrañas rompieron fué vivificador como el rocío: al lloro sucedió el éxtasis, y el éxtasis y el lloro no fueron sino el efecto de esos que á muchos parecerán pobres y desmayados sonidos. *Cantad y creed*, dijimos á los poetas zaragozanos; *cantad y creed*, decimos hoy á todos los poetas del mundo: *sin creencias no hay ilusion; sin ilusion no hay poesia*.

Diez y ocho siglos han transcurrido despues que la madre de Jesus, viviendo todavía en carne mortal, vino á sentar sus plantas en el pilar augusto donde el siglo XIX la acata; y si esa tradicion respetable necesitara confirmacion, bastara para dársela esa religiosidad entusiasta, y esa fé cada dia en aumento, que en tiempos tan desconsoladores como los presentes se conservan todavia hacia ella. ¿Qué significa sinó esa afluencia de fieles que desde antes del alba, hasta despues de concluido el dia, llena constantemente su templo? ¿Qué significan esos peregrinos que de todas las partes del mundo se dirigen sin intermision á su sacra Evangélica capilla? ¿Qué significa el afan del viagero, cuya primera delicia apenas llega á la capital de Aragon, es visitar á su celestial patrona? No lo atribuyais á un simple deseo nacido de la curiosidad; no penseis en explicarlo por el anhelo que puedan tener de ver y admirar uno de los mas bellos santuarios del orbe cristiano. Os equivocareis tristemente si quereis discurrir así: el deseo del peregrino y del viagero nace

de la convicción y de la fé; y si lo dudais todavía, id vosotros mismos, y observad su semblante en el templo; acechad las facciones de todos los que entran en él, y cuando las veais alteradas por la secreta emoción que su corazón experimenta; cuando escuchéis el suspiro que resuena en aquella basílica; cuando veais, en fin, las mejillas del que ora humedecidas por las lágrimas, id, incrédulos, y decid que ese lloro es artístico, que ese suspiro es profano, ó que la alteración de aquellas facciones puede nacer solamente de la emoción con que se admiran las pirámides de Egipto, ó la inmensa mole del Escorial. Probad vosotros después, y mirad de hito en hito á la Virgen: un rayo de fé partirá á su pesar desde su semblante divino, y por mas profano que haya sido vuestro despo al querer hacer esa prueba, vuestra conciencia os dirá que el objeto que quisisteis examinar no es humano, y no tendreis, yo os lo juro, el mismo semblante al salir, que el que afectábais tener al entrar.

Dentro de seis días celebrará Zaragoza su fiesta anual á María, y María desde lo alto de su columna bendecirá de nuevo al pueblo que tiene bajo su protección, repitiéndole la promesa de no desatapararle hasta la consumación de los siglos. ¡Columna sacrosanta y celestial! Yo te veo presidir la serie tormentosa de los tiempos, á la manera que el cedro del Líbano se eleva silencioso é inmóvil en medio de las tempestades que el huracán agita en su torno; ó como el justo, que

en medio de las vicisitudes y tormentas de la vida, nada encuentra capaz de hacerle titubear un momento, nada que le obligue á inclinar la frente ante los halagos del placer ó á la vista del infortunio. Hermoso y consolador como la erguida palma del desierto, ese pilar sagrado era el faro á donde se dirigían los corazones en medio de las sombras de la Iberia gentil; y cuando la España humillaba su frente al yugo de los predecesores de Recardo, el tabernáculo de la Virgen, menos rico y brillante que ahora, era el asilo de la fé, y el refugio consolador á donde se acogía el verdadero creyente para ponerse á cubierto de la heregia de Arrio: mas adelante, y cuando el huracán del mediodía empujó delante de sí á los fanáticos y sangrientos hijos de Mahomet, la iglesia de María no fué convertida en Mezquita, ni el discípulo del Alcorán se atrevió á erigir en Zaragoza su cátedra; sin interponer algún trecho entre la madre de Jesus y la abominación del profeta. Así vivió inapagable la llama de la fé en medio de la capital salubrense, y así continúa viviendo para reanimar la tibieza de nuestros corazones, corazones; ay! que bien lo necesitan en medio de la triste y espantosa realidad del siglo presente.

¡Patrona de Aragón! EL ARPA DEL CREYENTE te saluda. Tú fuiste la que en medio de la oscuridad, ignorancia y barbarie de los siglos nueve y diez, iluminabas la mente de los habitantes de ese país, inspirándoles la idea del mas justo

de todos los gobiernos, y poniendo en su mano la balanza en que tan admirablemente supieron equilibrar los poderes constitutivos del estado. Tú guiaste á Aragón por la senda del bien, poniéndole á la vanguardia de la libertad europea; tú le amañaste á ejercer la soberanía popular sin trastornos; tú le inspiraste su admirable institución del justicia mayor; tú, en fin, le enseñaste á resolver en aquellos siglos de hierro los problemas cuya solución parecen en vano buscar las naciones modernas, en medio de su civilización y cultura. ¡Ah! que la fé en los principios políticos es una consecuencia de la fé religiosa, y los aragoneses de entonces eran hombres de corazón y de fé. ¡Dígalos el justicia Cerdan, que amenazado de muerte en sus contestaciones con Don Juan el I, estaba tan seguro de la justicia de su causa, que nada le importaba perecer, *pues si por defender la libertad del Reino moría, iría derecho al paraíso á gozar de Dios con todos sus santos*. Así es como la libertad era para aquellos hombres, sin ejemplo segundo en la historia, un objeto sagrado y divino; así se conciliaban en su corazón las creencias políticas y religiosas; así tú, Sacratísima Virgen, enseñabas á los hombres por boca de aquel magistrado eminente, que la religión y la fé son las primeras en proclamar los derechos de la humanidad y la justa libertad de las naciones.

Cuatro siglos después que se profirieron aquellas palabras consignadas eternamente en la historia, una mano de hierro se tendió sobre el occidente, y Zaragoza se alzó como un solo atleta para defender la independencia de la patria, y vengar la causa nacional tan insolentemente escarmentada. ¿Quién, sino tú, encendió el amor patrio en aquellos valientes corazones? Tú, égida inmortal amparabas á ese pueblo que desde entonces ocupa el primer rango entre todos los pueblos del mundo; y el zaragozano leal, con las armas de la patria en las manos, y María en el corazón, conquistaba en la historia ese sitio de que no descenderá jamás. Virgen sacratísima del Pídar! Madre de Jesús inmaculada! Continúa dispensando tu protección á ese pueblo, estendiéndolo tu bendición á todos los españoles. Tú elegiste á Zaragoza para tu morada, y España fué desde entonces tu nación predilecta. EL ARPA DEL CREYENTE te saluda.

MICHEL AGUSTIN PRINCEPE.

CUADRO DE UNA FANTASMA.

(DESCRIPCION DEL JUICIO FINAL.)

¿CUAL tenebre estampido
Conturba los revueltos horizontes,
Que á su fragor el orbe estremecido
Lanza de sí cual átomos los montes?

¿A dónde en ronco estruendo
Los mares desbordados,
Rujientes van la inmensidad midiendo
De planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
Perdido el rumbo de su jiro eterno.
Los astros rutilantes,
Las sombras inflamando del infierno;
Cayendo van desde la empírea cumbre
En ciego parasismo,
Mientras nubes espesas
Se alzan sin fin del tenebroso abismo;
Y en remolinos fieros
Ruedan despedazados
En amalgama universal mezclados
Llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
Y en sus impuras fauces dejó ahogado
El ¡ay! desesperado
Que ronca alzó la humanidad entera.

Id á juicio mortales,
Sin contener el indolente paso;
Caminad á sufrir eternos males,
O eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánima doliente
Los ojos desolados,
Hacia los gustos del amor pasados,
Rojo el pudor os incendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
Vuestra eterna quebranto,
Ya que alegres tuvisteis en el mundo
Tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza
En vaga lontananza
Al Arcángel oid, que en presta huida
Grita al cruzar la inmensidad inerte:
—«¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que le olvidó en su muerte!»

Seguid, prole maldita,
Sin mundanos deseos,
Con ánima contrita,
A rendir el espíritu en ofrenda
De impuros devaneos:
Caminad sin rodeos:
No hay sagrado á que huir, esta es la senda.

Id y arrojar, monarcas de la tierra,
En oblación amarga,
Esa humilde corona
Que de alta prez en vuestra sien blasona;
Y no á los hombros en mundano esceso
Con tan inútil carga,
No pudiendo marchar, dobleis el peso.

¿Por qué acutais entre las manos bellas
Las frentes de jazmines,
Vos que brillásteis sin pudor en ellas
Radiantes de hermosura en los festines?

Id con los ojos falsamente enjutos,
Torpes matronas de insondable pecho,
Donde os esperan los bastardos frutos
Del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
Ved de Dios el asiento,
Y como ya á su acento
Deja veloz las no acotadas puertas
De par en par, la eternidad, abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte
Vuestra existencia entre el placer perdida;
¿Ay del que á Dios no consagró su vida!
¿Ay del mortal que le olvidó en su muerte!

RAMON DE CAMPOAMOR.

ZAMBRI.

LEYENDA.

Yo con los torpes hijos de Moab,
Profanaré las tiendas de Zambri.

CALDERON.

Los hijos de Israel avanzan por las llanuras de Moab hacia la ciudad de Jericó. El Señor, que nunca los ha abandonado, los alienta, y pronto los enemigos de su gloria van á caer al golpe de sus espadas; pero la noche que los guía se posa en esto sobre el tabernáculo, y esta señal del Cielo les indica el sitio en donde han de levantar sus tiendas.

Es la hora del crepúsculo, y el sol baña en dulces tintes los horizontes vecinos. El pueblo acampa; las trompetas de los Levitas resuenan, y los escogidos de Dios doblan á sus sonidos la frente, y oran al que habita en las alturas. El sublime Sacerdote, doblado también sobre el Arca Santa, la cabeza inclinada sobre el propiciatorio, recibe las santas inspiracio-

nes, y pide á Dios el perdón de los extravíos de sus ovejas. Los sacrificadores en tanto, armados del cuchillo, inmolan sobre el altar de los sacrificios los corderos mas puros de los rebaños, y queman despues sus entrañas. Los panes ácidos de la última semana se renuevan: arden los perfumes en el altar de Oro, y los cánticos de los descendientes de Aaron llenan los ecos de los aires, y se derraman por los alrededores de la tienda sagrada. Un himno de bendición y alabanza se levanta de aquellas llanuras, como los vapores de los rios, y como los aromas de los valles.

Pero en tanto que los himnos de bienaventuranza resuenan en el sagrado recinto, separados algun tanto de las tiendas, y hacia las riberas del Jordan, se miran algunos grupos de ancianos, mujeres, jóvenes y niños, que en acentos de queja responden á las armonías de los aires, como un coro de maldicidos junto á una jerarquía de Serafines.

«Cuarenta años, dicen los viejos, llevamos de habitar bajo frágiles lienzo, y de andar entre mil privaciones, combatiendo siempre los pueblos por donde pasamos: nuestras mujeres se ennegrecen á la influencia del Sol, y van pereciendo nuestros ganados. Hemos salido de las cadenas de los Faraones; pero esta vida es tan amarga como la mas dura esclavitud.»

«En el desierto hemos nacido, clamaban los mozos, y en el mismo desierto vemos perecer nuestros padres: avanzamos, y sus huesos quedan siempre sepultados en tierras extrañas: lo mismo quedarán tambien los nuestros. Ayer vencimos á los Amorreos y á los Sabinas, y mañana tenemos que luchar contra los habitantes de las márgenes occidentales del Jordan. Están ya cansados nuestros brazos, y nuestras espadas tienen ya embotados sus filos. Señor, ¿cuándo acabará esta terrible lucha?»

«Para nosotras, decian á un lado las hijas de Abraham, no hay juventud ni encantos en la vida. Amamantamos á nuestros hijos con la leche que emponzoña el sobresalto, y apenas tienen fuerza en los brazos, cuando ya se nos espone al dolor de perderlos en la batalla. Los amores no son dulces cuando el dolor vela siempre aun á la misma cabecera del lecho de la desposada: tal vez en la noche de bodas las trompetas flamen para siempre lejos de nuestro lado al esposo de nuestro corazón. Señor, ¿cuándo nos alumbrará otro sol mas afortunado? ¿Cuándo acabará nuestra peregrinación?»

«Hemos visto llorar á nuestras madres, decian sollozando los niños, y nosotros hemos llorado tambien con ellas. No adivinamos por qué nuestros padres se separan algunas veces suspirando de nuestro lado, y por qué nos abandonan y no vuelven á vernos mas. Les preguntamos á nuestras madres, ¿á dónde han ido los padres de nuestro corazón? pero nuestras madres sollozan, y por única respuesta nos muestran con la mano las alturas que habita el sol. El pecho de nuestras madres se seca en tanto como la corteza de un árbol sin hojas; y sus carnes se vuelven arrugadas como la piel de una manzana caída de la rama. Señor, ¿cuándo veremos mas alegres á nuestras madres? ¿cuándo estaremos para siempre al lado de nuestros padres?»

Poderosa y fuerte es la mano de Dios, dijo en esto una voz salida de en medio de un bosque de palmeras, pero creo, hijos míos, que nuestra suerte está fijada, y que nuestro sino es andar siempre en pos de la felicidad, sin poder nunca alcanzarla.

¿De dónde viene esa voz de desconsuelo? gritaron algunos tornando la cabeza hacia el bosque de palmeras. ¿Quién es ese profeta cuyos augurios son mas tristes y sombríos que las aves de la noche?

Soy yo, dijo un anciano, dejándose ver en esto á la muchedumbre.

Es Daniel, clamaron á un tiempo todos, el de la tribu de Meneses, el espía que hemos mandado á reconocer la ciudad enemiga; y esto diciendo se agruparon en rededor del recién venido.

Hermanos, vengo cansado como un corzo á quien han perseguido largo rato los cazadores; acercadme,

pues, esa piedra, porque mis años requieren algún reposo. Acabo de llegar, dijo después de haber descansado algún tiempo, de junto a las murallas de Jericó, y las he visto altas y fuertes como una montaña. Guarnecidas por todos lados de soldados, nuestro valor y nuestras armas serán impotentes, contra esa ciudad del desierto. Me he informado además de las fuerzas que asienta la plaza, por medio de un anciano que cuidaba sus rebaños, y he visto que, aun en campo abierto, nuestros hermanos deben de quedar vencidos. Con tales averiguaciones no he podido menos de llorar y de echarme polvo a la cabeza, porque he previsto para nuestra raza un fin muy próximo y muy desastroso. Estamos por todos lados cercados de enemigos, y la misma tierra que pisamos parece rechazarlos de su seno. Vencidos mañana, ¿a dónde podremos tornar los ojos?

«El Señor nos ha abandonado» dijeron en esto algunos ancianos apretando contra su seno a sus queridos hijos.

«El Señor nos ha abandonado» repitieron todos soñando; su espíritu no se posa ya sobre nuestras tiendas.

¿Qué voces son esas? dijo en esto un hombre alto como Samuel, y robio como David; apareciéndose en medio de aquella muchedumbre. ¿Qué raza es esta de cobardes é ingratos, que así doblan la frente al menor revés, y así olvidan las bondades de Dios al menor contratiempo? Os he oído, prosiguió, dirigiéndose una mirada brillante como la llama de un incendio, y me ha humillado para conmigo mismo la bajeza de vuestros corazones, la vergüenza de teneros por hermanos. Cubrid de polvo vuestras cabezas, y rasgad vuestras vestiduras, porque el dolor es y será siempre vuestra única herencia. Sois una bandada de esclavos, y lleváis en vuestras venas el germen de vuestra esclavitud: habéis nacido para lo que sois. Mañana, antes que el alba haya despuntado, yo solo, con tres de mis hermanos, escalaré esa ciudad que tanto miedo os causa, y os echaré de encima de las murallas las llaves de sus puertas, para que vosotros, hijos del miedo, podáis entrar por ellas, sin que se os oponga el menor obstáculo. Esto diciendo, desapareció en un momento de en medio de aquella gente, que repetía medio asustada: «Zambri lo ha dicho, y Zambri es uno de los pocos protegidos de Dios.»

II.

Al mismo tiempo que en el campamento de los israelitas pasaba lo arriba referido, en la ciudad de Jericó todo era llanto y desconsuelo, todo temor y sobresalto. Balac, rey de los moabitas, temía, y con razón, á aquel pueblo que, ayudado de Dios, había atravesado vencedor desde las márgenes del Nilo á las orillas del Jordán. Contaba con numerosos ejércitos, pero cómo combatir contra los protegidos de Dios? Balaam, el profeta del Eufrates, conducido por Balac, en diferentes puntos desde donde se divisaba el campo enemigo, no había podido nunca mas que bendecir á aquella tribu de extranjeros; su causa estaba reconocida, era la causa del Cielo. Pero Balaam al retirarse de Balac, le ha dicho: «si queréis vencer á los israelitas, hacédlos caer en el pecado. Mandad á sus tiendas las doncellas mas hermosas de vuestro pueblo y de los medianitas, y que los ganen con sus encantos, que se quemen en la luz de sus ojos, y que la lujuria y los embrutecidos deseos dominen aquellos corazones, ante la magia irresistible de los aceros de la hermosura.»

Lo que Balaam ha dicho ha sido oído como las palabras de un profeta, y sus órdenes son ejecutadas. Las mas tiernas y voluptuosas doncellas de aquellos pueblos, vestidas de blanco y coronadas de flores, atraviesan á la luz de la luna los valles y los collados, y se dirigen ligeras, como las hijas del aire, hacia las tiendas del pueblo de Dios.

III.

Las sombras de la noche se han derramado por las llanuras, los valles y los montes, y los hermanos de Moisés están ya todos en sus tiendas, entregados al sueño. En una de las mas lujosas, cuya entrada, guardada de ricas franjas de oro, dá á conocer el rango de su huésped, está Zambri, medio incorporado en el lecho, luchando con el sueño, como hombre que necesita velar para ocuparse de algún interesante proyecto. Está efectivamente pensando en el día que ha de venir, y en la promesa que ha hecho de enarbolar antes del alba el pendón sagrado sobre los muros de la ciudad vecina. Armado de todas armas solo aguarda una señal, que pronto debe sonar, para partir con dos de sus soldados, tan audaces como él, é ir á sorprender al enemigo. Pero en esto se descorren las cortinas que cubrían la entrada de su tienda, y una figura, blanca como una colina nevada, y esbelta como el tronco de una palma, se destaca en medio de la confusión de luces y tinieblas en que tenía aquella estancia, una lámpara oscilante, como la aparición de un ensueño. La luna que brillaba aquella noche en toda su plenitud dibuja en pos de aquella figura un cuadro blanquecino, y no parece otra cosa sino que es la nube en que ha descendido de los Cielos aquel ser misterioso. Zambri la vé, y al pronto ni aun se atreve á hablarla; pero pasada la primera sorpresa, se levanta, y con acento severo la pregunta, ¿quién sois? ¿a qué venis? porque á estas horas solo las hijas del pecado se atreven á entrar así en las tiendas de los mancebos. ¿Qué mala estrella ha guiado tus pasos?

—Soy hija de Jericó, contestó la joven, y los moabitas son mis hermanos.

—¿Moabita! dijo con furor el mancebo, y te atreves á presentarte ante mis ojos!

—¿A dónde irá la paloma herida si sus alas no la permiten por mas tiempo mantener el vuelo? Al decir esto alzó la joven el velo que la cubría, y dejó ver al mancebo un semblante de Serafin, y un pecho agitado por los suspiros, como la superficie de un lago rizado por las auras. Los ojos de Zambri se apartaron de aquella imagen de la voluptuosidad, y sus mejillas se encendieron.

—¿Qué peligro te cerca, ó qué mal te amenaza? dijo el israelita á la descendiente de Moab, afectando la serenidad que no sentía: contéstame luego, porque tú no puedes estar por mucho tiempo á mi lado.

—He venido con algunas de mis hermanas á interceder con vosotros, para que miréis nuestras tierras como tierras de amigos.

—Sois enemigos de nuestro Dios, y tenemos que trataros como á nuestros propios enemigos.

—Tú corazón no es tan duro que desoiga mis súplicas.

—Doncella, tu voz es mas seductora que el aura murmurando en las palmeras, pero hay en el fondo de mi corazón otra voz que tiene sobre mi dominio superior á tus acentos.

—Los mancebos de Jericó no son tan crueles con las doncellas.

Tendió en esto Zambri una mirada sobre la joven, y sus mejillas se encienden de nuevo al contemplarla. La moabita permanece en pie, y con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus cabellos caen estendidos en rededor de su nevado cuello, como las aguas de una cascada sobre la pila de mármol que las recibe. El laurel florido y el mirto oran su frente como una diadema de esmeraldas, y su vestido blanco como el armiño está sembrado de guirnaldas. Brillan sus ojos claros y transparentes como dos diamantes á los rayos del sol, y son sus labios encarnados como el botón entreabierto de una rosa. Hay además en su ademán un no sé qué de mágico y sobrenatural, que subyuga los sentidos, que domina el corazón.

Zambri, cautivado por estos encantos, se siente atraer hacia ella como un niño á quien atraen los

arentos de la música que resuena en el valle vecino; ha reuido ya por dos veces sus miradas, pero los deseos comienzan ya á despertarse en el fondo de su alma. ¡Cuánto durará esta lucha entre la carne y el espíritu!

—Hija de Moab, le dice, yo no soy mas que uno de los caudillos, y aun cuando mi voz es respetada de mi tribu, no puedo declararme por tí, en lucha con los demas de nuestro ejército, que no consentirían mi intercesión. Retírate por lo tanto, porque no puedo tenerte mas á mi lado, y tus palabras me tientan como la serpiente á nuestros primeros padres.

—Jamás, jamás, eso sería entregarme en manos de mis verdugos. Si mi llanto puede ablandarte, mírame ya desecha en lágrimas implorar á tus pies tu compasión.

¡Qué tentación tan irresistible es el llanto de una mujer hermosa!

—Y bien, dijo Zambri, Satanás te inspira, y á despecho de mí mismo me veo arrastrado por tu voluntad, como el ave atraída por los encantos de la serpiente. Jamás las hijas de mi pueblo habían logrado animar ni una sola chispa de sentimiento en mi pecho, y tú te has encendido como una hoguera. Dime qué quieres, y á qué vienes, porque tú debes ser algún mensajero del infierno, bajo la forma de un ángel.

—No soy mas que una hija de la tierra, que tiene tambien como tú un corazón sensible, dijo la cautelosamente joven, avanzando algunos pasos hacia el manecbo.

—¿Y qué exiges de mí? dijo Zambri, ciñéndole la cintura, é imprimiendo un beso sobre el semblante de la joven. Tus encantos me han desvanecido, y yo no soy mas que un esclavo de tus caprichos. ¿Por qué en el camino de la vida se atraviesan estos seres tentadores, si no hemos de poder dominarnos á nosotros mismos?

—Mañana, dice la joven, tú y los tuyos pediréis á Moisés, vuestro profeta, la amistad con los moabitás y medianitas, y con esa condicion soy tuya.

—¿Y qué puede mi voz contra las de todo el pueblo?

—Otros como tú dirán en este momento lo mismo, porque ignora cada cual que no es él solo el que se halla comprometido por nosotros.

—Tus encantos me son mas peligrosos que las ocultas redes á la paloma incauta. Cuando te miro, se desvanecen ante mis ojos todo mi porvenir y mis recuerdos, y olvido á mi Dios y á mi pueblo solo para ocuparme de tí. ¡Maldita sea mil veces la hermosura!

—¿Si tanto puedo para contigo, cómo no me complaces en lo que de tí he solicitado? Júrame interceder por los de mi pueblo, y no combatir jamás contra ellos, y tus caprichos serán en adelante mi voluntad.

—Lo juro, dijo Zambri balbuciente, y cubriéndose al mismo tiempo el rostro con las manos, como avergonzándose de su debilidad: todas las tentaciones del infierno están contigo.

En este momento comienza á oírse á lo lejos un rumor sordo, que partido de un solo punto se siente poco á poco acrecentarse y estenderse, hasta llegar á hacerse general en toda la llanura. El rumor se convierte al fin en un ruido terrible y confuso, como de carros que ruedan, de armas que se chocan, y de gritos de dolor y de alegría. Un combate se ha trabado, y Zambri en el regazo de la moabita está en tanto silencioso, como hombre que teme decirse á sí mismo la causa de aquella gritería, hasta que al fin, como herido de un rayo, se deshace de aquellos brazos impuros, y embrazando el broquel «doncella, dice: estoy viendo que los míos han sido sorprendidos en medio del sueño, y que vosotras habeis preparado esta sorpresa. La causa de Dios necesita por lo tanto de mi brazo, y ya que otro no pueda, voy á morir con mis hermanos.»

—Jamás, jamás. Acabas de hacer un juramento que te liga á los míos. Además, Zambri, deja á ese pueblo fanático que muera esclavo de los caprichos de un falso profeta, y de un Dios de venganza. Nosotros tenemos tambien los nuestros, y ellos no te rechazarán de sus altares. Vivirás en Jericó, bajo techo seguro y cercado de placeres, en tanto que aquí, tropezando con los dolores, vas siempre por un suelo extranjero, sin tener mas patria que el sitio en que pones los pies. Si mis ojos te han encantado, vivirás siempre bajo la májia de mis ojos. Si tu felicidad está á mi lado, serás siempre feliz, porque yo no me separaré nunca de tí.

—¡Oh mujer! ¡Cuánta incertidumbre siembran tus palabras en mi corazón!

—Zambri, Zambri, gritó en esto una voz de las afueras de la tienda, las hijas del pecado han avasallado los corazones de nuestros hermanos, y el Señor ha decretado el exterminio de sus hijos iníeles. Los aceros de los verdaderos creyentes están ya cubiertos de la sangre de los rebeldes; ¿cómo tu espada no brilla hoy, como siempre, en medio del combate y al lado de las espadas de los justos?

La voz se fué alejando, y estas mismas palabras se oyeron entre el estruendo de las armas, repetidas á alguna distancia.

Zambri en tanto retenido por la mano de la joven, que en voluptuosos ademanes lo acercaba á su seno, y haciendo esfuerzos por desasirse de ella, estaba en la mas terrible lucha.

La voz primera volvió otra vez á oírse al lado de la tienda, pero el rumor de la lid habia cesado algun tanto. «Zambri, gritó entonces, abre tu tienda porque hemos sabido que una impura moabita te retiene en sus brazos. La ira de Dios caerá sobre entrambos, si has podido un momento olvidarte de quien eres.» Pero Zambri escucha estas palabras con la indiferencia de un demente, y lejos de levantar el lienzo que cubría la entrada, cruza detrás su lazo, y echándose en los brazos de la prostituta: «Vengan, dice, moriremos juntos.»

Un dardo vibrado desde afuera cruzó en esto los aires, y vino á herir á entrambos como un rayo del Cielo. Cayeron los dos heridos de muerte, y una sola voz se oyó que decía: «Señor, tened piedad del que reconoce su pecado!»

El rumor que llenaba aquellos valles cesó luego del todo, y un silencio sepulcral se extendió sobre aquel campo de cadáveres. El ángel de los muertos, estendidas las alas, suspendió su vuelo en los aires; y hasta el primer rayo del alba se oyeron vagando por los vientos algunas voces que cantaban con las armonías del Cielo. GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA: BENDITO Y ALABADO SEA SU SANTÍSIMO NOMBRE.

R. DE SATORRES.

ADVERTENCIA.

Nuestros suscritores echarán de ver la diferencia que hay del prospecto á nuestro primer número: el papel, la impresion, la forma misma del periódico, todo ha mejorado considerablemente, sin que el módico precio de la suscripcion haya variado. Principiamos nuestra carrera bien al contrario de otras publicaciones, dando mas de lo que hemos ofrecido; así la pensamos concluir.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.